

“Amigo

Querido Amigo Félix

No sé bien de dónde parte la memoria de mi infancia, pero recuerdo bien que una mañana de invierno, cuando aún no había cumplido cinco años, mi madre colgaba el teléfono de pared que teníamos en el pasillo de casa y, mirándome con tristeza, me dijo: “hijo, Félix Rodríguez de la Fuente está en el cielo.”

Aquel día fue el más triste de mi hasta entonces corta vida. Una canción de un conocido grupo infantil se encargó más tarde de hacer que nos lo creyéramos de verdad, y no pudiéramos evitar llorar porque “...esta mañana está más triste el sol”. Para entonces, tú ya estabas “en el cielo de los lobos”.

Han pasado ya veinticinco años desde aquel día, aunque en el fondo, tú nunca te fuiste del todo. Estás en el vuelo de un halcón, en la mirada de un lobo, en la tela de una araña, en los ojos de un lirón, en las orejas de un linco, ... pero sobre todo, estás para siempre en nuestro corazón.

Los animales fueron tus amigos, como tú lo fuiste de todos.

Gracias por todo, amigo Félix.



Si realmente existe el cielo de los lobos, estoy seguro de que Félix recibirá esta carta. Si hoy estuviera con nosotros, seguro que a sus 78 años aún conservaría gran parte de la energía que le llevó a convertirse, de ferviente defensor de la naturaleza, a todo un fenómeno social que marcó un antes y un después en la conservación de la fauna y el medio natural en España.

Que viene el lobo

Félix no llegó a amar la naturaleza a través de los libros, sino que la vivió y conoció de primera mano, desde que era un niño. En la pequeña aldea burgalesa que le vio nacer, y a causa de la guerra civil que asoló España, no pudo ir al colegio hasta cumplidos los 9 años. Junto a otros compañeros de correrías, eran los reyes del campo; no había brizna de hierba que creciera de la que no tuvieran constancia.

El lobo era un personaje conocido de aquellos páramos, temido y odiado. Félix creció alimentado por historias y leyendas de aquel animal sanguinario que bajaba a la aldea en manada y aterrizzaba a mujeres y niños. Félix no descubrió al lobo “como la mayoría de los niños lo descubren hoy: pintado en las páginas de un cuento, con un saco al hombro y cara de rufián”, no. Lo vio por primera vez “recortado



Félix”

(1928 - 1980)



en el horizonte de la paramera, como una criatura mítica, aureolada de misterio por los relatos de los viejos pastores”.

“No hay nada tan impresionante -exclamaría un emocionado Félix, quien por eso llevó esta escena a la televisión -, *tan tremendo*, como la silueta de cuatro o cinco lobos surgiendo como de la nada en el horizonte del Páramo”.

A los 14 años, formaba parte de una batida de lobos, que marcaría su vida: pudo contemplar la “faz del lobo” de cerca por primera vez, y quedando atrapado por su belleza, pensó que aquel animal no podía ser la bestia demoníaca que contaban las leyendas.

Desde entonces, quiso descubrir por sí mismo “la verdad del lobo”, y más aún: divulgarla y difundirla para desterrar el mito. Pronto, extendió este afán a todas las especies animales, convirtiéndose en su amigo y defensor, en la persona que marcaría el camino del conocimiento, amor, respeto y conservación de la fauna y el medio natural.

Unido a su profundo conocimiento del hombre primitivo, Rodríguez de la Fuente pudo lanzar interesantes teorías sobre el comportamiento psíquico, social y político del hombre, ya que nuestra especie ha

convivido con los lobos, y éstos y aquellos hemos aprendido, los unos de los otros, durante miles de años. “Hemos crecido juntos”. Decía con cariñoso entusiasmo que la fiera proscrita, aquel ser eternamente perseguido y vituperado, nos dio un regalo: el perro.



El legado de Félix

Félix Rodríguez de la Fuente rompió moldes. En su época, conceptos como “medio ambiente”, o “conservación” eran totalmente desconocidos. Con su porte atlético, sano, enérgico y vital, con sus excepcionales dotes de comunicador, supo llegar al corazón de la gente, para transmitir su mensaje: el amor por la naturaleza y los animales, y la preocupación por su conservación.

Hasta entonces, todos los animales que no producían ningún beneficio para el hombre, eran considerados “alimañas” perjudiciales que había que exterminar. Él consiguió la abolición de la “Junta de Extinción de Animales Dañosos”, y la concienciación social

de que los animales, son patrimonio natural, que comparten el espacio con el hombre y que tienen pleno derecho a existir. Así, y no exento de polémicas, consiguió salvar de la extinción al lobo ibérico (*canis lupus signatus*), del que prácticamente sólo quedaban unos 500 ejemplares (hoy, su población es de más de 2.000), al águila imperial o el halcón peregrino.

Hijos de Félix

Félix llegó a definir la felicidad, como el sentimiento de “traspasar la barrera entre las especies”, hecho que logró al convertirse en líder de una manada de lobos, llegando a comunicarse y a experimentar sentimientos de afecto con animales tenidos por la encarnación del mismo diablo.

Pero quizá su logro más importante, fue el de haber conseguido sembrar la semilla del amor por los animales a todas las generaciones posteriores, y que hoy día, miles de jóvenes que nacimos y crecimos con sus últimos documentales, estemos también “troquelados” y contagiados para siempre por su espíritu, siendo en cierta manera, “hijos de Félix”.

Ramiro Díaz
rdiaz@arymcreativos.com